

## Dictado 1

Si os he contado todos estos detalles sobre el asteroide B 612 y hasta os he confiado su número, es por consideración a las personas mayores. A los mayores les gustan las cifras. Cuando se les habla de un nuevo amigo, jamás preguntan sobre lo esencial del mismo. Nunca se les ocurre preguntar: "¿Qué tono tiene su voz? ¿Qué juegos prefiere? ¿Le gusta coleccionar mariposas?" Pero en cambio preguntan: "¿Qué edad tiene? ¿Cuántos hermanos? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre?" Solamente con estos detalles creen conocerle. Si les decimos a las personas mayores: "He visto una casa preciosa de ladrillo rosa, con geranios en las ventanas y palomas en el tejado", jamás llegarán a imaginarse cómo es esa casa. Es preciso decirles: "He visto una casa que vale cien mil francos". Entonces exclaman entusiasmados: "¡Oh, qué preciosa es!"

De tal manera, si les decimos: "La prueba de que el principito ha existido está en que era un muchachito encantador, que reía y quería un cordero. Querer un cordero es prueba de que se existe", las personas mayores se encogerán de hombros y nos dirán que somos unos niños. Pero si les decimos: "el planeta de donde venía el principito era el asteroide B 612", quedarán convencidas y no se preocuparán de hacer más preguntas. Son así. No hay por qué guardarles rencor. Los niños deben ser muy indulgentes con las personas mayores.

Pero nosotros, que sabemos comprender la vida, nos burlamos tranquilamente de los números. A mí me habría gustado más comenzar esta historia a la manera de los cuentos de hadas. Me habría gustado decir:

"Era una vez un principito que habitaba un planeta apenas más grande que él y que tenía necesidad de un amigo..." Para aquellos que comprenden la vida, esto hubiera parecido más real.

Porque no me gusta que mi libro sea tomado a la ligera. Siento tanta pena al contar estos recuerdos. Hace ya seis años que mi amigo se fue con su cordero. Y si intento describirlo aquí es sólo con el fin de no olvidarlo. Es muy triste olvidar a un amigo. No todos han tenido un amigo. Y yo puedo llegar a ser como las personas mayores, que sólo se interesan por las cifras. Para evitar esto he comprado una caja de lápices de colores. ¡Es muy duro, a mi edad, ponerse a aprender a dibujar, cuando en toda la vida no se ha hecho otra tentativa que la de una boa abierta y una boa cerrada a la edad de seis años! Ciertamente que yo trataré de hacer retratos lo más parecido posibles, pero no estoy muy seguro de lograrlo. Uno saldrá bien y otro no tiene parecido alguno. En las proporciones me equivoco también un poco. Aquí el principito es demasiado grande y allá es demasiado pequeño. Dudo también sobre el color de su traje. Titubeo sobre esto y lo otro y unas veces sale bien y otras mal. Es posible, en fin, que me equivoque sobre ciertos detalles muy importantes. Pero habrá que perdonármelo ya que mi amigo no me daba nunca muchas explicaciones. Me creía semejante a sí mismo y yo, desgraciadamente, no sé ver un cordero a través de una caja. Es posible que yo sea un poco como las personas mayores. He debido envejecer.

(El Principito, cap. XIV)

## Dictado 2

Es raro que una persona que haya vivido en el barrio madrileño de Lavapiés, en los años cincuenta, no recuerde a Gloria Domínguez Carpio. Era una mujer muy poco agraciada, solterona y sin ningún pretendiente, se ganaba la vida fregando suelos, no tenía familiares cercanos ni amigos, su casa era una habitación sin ventanas y, en resumen, su existencia se limitaba a trabajar y a dormir, pero todos la envidiaban. Se la veía feliz. Algunos de los que rozaron por instantes la vida de Gloria no perdieron la oportunidad de preguntarle — con más indiscreción que sutileza— cuál era la razón de su desconcertante estado anímico. Y, palabras textuales de la señora Domínguez: “La gente me tomaba por una jovencita loca, por una loca clínica. No lo decían, pero sus miradas bastaban. Además, se despedían de inmediato y no volvían a tocar el tema. Explicarles que mi alegría se debía a la ilusión de llegar a casa para dormir cuanto antes y así soñar el mayor tiempo posible les parecía demencial”.

Ella no recuerda desde cuándo empezó a vivir en sus sueños. También asegura no conservar imágenes de sus primeros años en casa de sus padres. Le gusta creer que llegó a ese mundo perfecto por casualidad, gracias a su curiosidad infantil. Sin embargo, Andrés Blanco, empleado del orfanato Santa María, donde ella se crio, plantea que fue el dolor profundo y constante lo que la llevó a refugiarse en la fantasía.

En todo caso, más allá del origen, lo relevante en su juventud era su presente. Y el presente no es algo que se ve o se toca o que está en el entorno, sino aquello que se siente y se percibe. Por eso mismo su felicidad era tan real.

En los años cincuenta, al salir del trabajo, Gloria evitaba cualquier tipo de contratiempo para llegar a su casa. Una vez ahí, se quitaba los zapatos en la entrada, abría el baúl que contenía las conservas, sacaba una, cogía la barra de pan, cortaba un trozo, ponía una fruta junto a su plato y comía lo necesario. Tras terminar, colocaba los utensilios sucios en un barreño que poseía una tapa hermética para contener los olores. Después, salía al pasillo y entraba al baño comunitario. Ya bañada y en pijama, se iba directa a la cama. Esa rutina la seguía de lunes a viernes. El sábado, se despertaba a las diez de la mañana, desayunaba, realizaba las compras de la semana, lavaba todos los utensilios y la ropa, limpiaba su casa, comía algo más contundente que los otros días, salía al pasillo, entraba al baño y, finalmente, se iba a dormir, hasta el lunes, día en que se levantaba un poco antes de lo habitual para recoger la ropa del tendedero.

Su casa era una habitación de 12 metros cuadrados, donde al apagar la luz era imposible distinguir si era de día o de noche. Tenía un colchón muy cómodo —colocado directamente sobre el suelo—, un armario, el baúl de las conservas, una caja con los utensilios, el barreño y una pequeña mesa personal de 20 centímetros de altura, sobre la que estaban el frutero y la panera. Nada más, ni siquiera polvo.

Apenas se acostaba entre las delicadas sábanas, Gloria despertaba junto a su marido y hacía el amor, sintiendo las caricias de los primeros rayos del sol. Después preparaba a sus dos hijos para ir al colegio. El resto del día lo iba construyendo a su antojo. Pero no siempre fue de ese modo. Al comienzo dedicaba mucho tiempo a concentrarse en algo específico para soñar con ello, y a menudo no resultaba. Cuando eso le fue fácil, empezó a manipularlos desde dentro, cosa que la cansaba muchísimo. Con los años, aprendió a vivir dormida. Aquel proceso fue de la mano del tipo de sueños que creaba, pasando de princesas y hadas a una vida real perfecta.

### **Dictado 3**

En mi época de estudiante, tuve la suerte de conocer a César Leno, un lector. Con el tiempo, nuestra relación se ha hecho vital, entre otras cosas, por las extensas conversaciones que siempre hemos disfrutado y de las cuales me he sentido el más beneficiado.

Durante su infancia, César vivió frente a un cementerio, que era el único espacio verde en 20 manzanas a la redonda. Por tal motivo, sus recreos los pasó entre las tumbas y la intemporalidad de un silencio acogedor. Sus primeros juegos consistieron en enumerar cuántos Carlos o Josés había enterrados ahí. Cuando se aburría, tomó interés por las fechas, buscando las repetidas, las que sumaban nueve, las que coincidían con su nacimiento, etcétera. Después, le dio por adivinar cuál sería el nombre del siguiente inquilino.

Pasados unos años, tras distraerse con una serie de ocurrencias, se inventó una forma de crear inagotables cuentos: cogía una palabra de cada lápida y formaba oraciones, que enlazaba con otras y otras, descubriendo cientos de historias que lo llevaron, posteriormente, a ser un amante de la literatura.

## Dictado 4

Se cayó de la cama, todo había sido un sueño, una pesadilla. Los segundos retumbaban en su cabeza, aún cuando sabía que el reloj se encontraba muy lejos de donde él estaba. El cielo se cubrió de nubes alertando la llegada de una gran tormenta, se estremeció, el momento había llegado, la hora que tanto había esperado por fin se abría paso ante él. Estaba listo. De su media sacó una navaja y terminó de cortar el metal que lo detenía, tenía que actuar con rapidez, sabía con exactitud que a la media hora volvían los otros, y no tenía tiempo que perder.

Previamente realizado lo necesario para que no denoten su ausencia, por lo menos durante unas horas, corrió la cama y se introdujo en el conducto. No tenía linterna y estaba muy oscuro, aún así siguió avanzando, muchas veces advirtió que algo le recorría los pies, las manos u otras partes del cuerpo, pero el miedo y el susto no hacían efecto ante él, soportaba cualquier cosa. No sabía cuanto tiempo llevaba ahí dentro, pero podía asegurar que hacía más de una hora que venía avanzando sin parar. Se detuvo para tomar la última gota de agua que quedaba en su cantimplora. A pesar de no saciar su sed, siguió adelante. Las gotas de sudor le recorrían el cuerpo como lo hace la lluvia cuando baja revoloteando por las montañas hasta llegar al suelo, donde se une a las demás y olvida su individualidad.

En su mente revivía todos los momentos pasados mientras continuaba por el conducto, ya no le importaba nada, ni la insistencia de su madre, ni la infiel de su esposa... quería perder la memoria, olvidarse de todo, de todos, quería volver a nacer pero ser otro en cuerpo y alma, alguien diferente, que no tenga ni hasta la última huella de lo que él era antes, ¿podría lograrlo acaso?

Se dio cuenta de que el conducto empezaba a humedecerse, la tormenta había comenzado, sabía que esto le dificultaba las cosas, pero quiso seguir igual. La humedad se convirtió en gotas y tiempo después el agua comenzó a cubrirle las rodillas. Tenía que darse prisa, pero estaba agotado. De todas maneras, continuó con el mismo ritmo con el que venía avanzando. De repente reparó que el camino comenzaba a esclarecerse, pensó que estaba cerca, se entusiasmó y se llenó de placer durante unos instantes. Salió a la luz, aunque ésta no era tan clara debido a la hora y a la presencia de una inmensa tormenta. Se alegró de haberse liberado del conducto justo antes de que el agua le cubriera las piernas.

Se paró, sintió la lluvia que lo empapaba y el viento que hacía alborotar el pelo que aún tenía seco. Volteó su cabeza y observó, empezó a reírse y tuvo ganas de gritar, pero se contuvo ante el inconveniente que podría causarle eso. Corrió libremente por el enorme espacio verde frente a sus ojos, quedando muy atrás la gigantesca mole que lo había contenido esclavizado por más de trece años.

De pronto sintió una extraña sensación, no sabía a dónde ir y, por primera vez en su vida, experimentó el miedo, parecía estar perdido en medio del espacio sin encontrar un lugar propio, algo que lo mantuviese estable, no quería dormir, no quería comer, no quería hablar, no sabía qué le esperaba ni cuánto tardaría en llegar eso que tanto esperaba, o no. Pensó en aguardar a que algo sucediera, pero esto lo atemorizó más y volvió a correr. Se mantuvo así varios minutos hasta que finalmente tropezó con una piedra. Sus ojos le daban vueltas, su respiración se aceleraba; lo único que visualizaba era una luz... Una extraña luz blanca que poco a poco se fue convirtiendo en gris, hasta llegar a ver claramente el techo de la tortura, las paredes de su agresión...

## Dictado 5

### El accidente

Huele a gasolina, no sé muy bien qué pasa. Iba por la carretera como tantos otros días y algo vino hacia mí, un destello rojo, sí, eso creo, no sé por qué recuerdo su color. Tengo sed. No me puedo mover, creo que estoy atrapado pero no siento nada de cintura para abajo. Veo una superficie metálica frente a mí, hay algún destello de luz, me parece oír voces pero no estoy seguro. El cristal está roto, algo me resbala por la frente. Esto debe ser un accidente, un maldito accidente de coche y ahora no sé si saldré de ésta, no sé cómo quedaré. Por el rabillo del ojo veo una mano, es de mujer. No se mueve. Maldita sea, me tenía que pasar a mí, hoy precisamente, hoy, cuando iba a coger el destino en mis manos, cuando iba a dar la vuelta a todo. Tengo la cita esta tarde y no podré ir, trataré de avisar pero no sé cómo podré hacerlo, no puedo decir nada, es como si me hubieran quitado el habla, quiero gritar y no puedo. Debo estar tranquilo ahora, seguro que trabajan para sacarme de entre estos hierros, me sacarán, me llevarán, es cuestión de paciencia. Sólo me faltaba esto, no puedo pensar en otra cosa, sólo esto. Mi trabajo que se va al garete, mi mujer que empieza a no aguantarme y ahora, cuando puedo enderezar las cosas, me viene esto. Me gustaría que mi mujer estuviera aquí, me dijera algo, que yo le pudiera decir. Que cuide al chico, aún no es tan mayor, ahora qué va a pasar de mí, me quedaré parálítico quizá, me moriré, no sé. Y la cita de esta tarde, ese trabajo espléndido que vengo buscando desde hace meses, tantas entrevistas y hoy, que era la definitiva, me pasa esto. Se me irá la oportunidad, se me irá, no podré enderezar nada, mi mujer mirándome desolada, mi mal humor, los nervios crispados, todo volverá de nuevo. Y esa mano, aún la veo, no se mueve nunca, no hace un solo movimiento, quizá se haya muerto, era una conductora, debió perder el control, saltarse la mediana, yo qué sé, sólo vi un destello rojo que se abalanzaba. Ahora ¿qué hago?, no puedo moverme, no soy capaz de gritar. Quizá no llegue al hospital, tengo una sed enorme, no puede ser normal, y las piernas, dónde están mis piernas que no siento nada. Cómo se lo tomará mi madre, tan mayor, esto la matará, Dios, y aún podría salir si pudiera hacer algo, si pudiera moverme. Tiene muchas posibilidades, me dijo la última vez el entrevistador, no se lo voy a negar, pero la decisión aún no está tomada, si rebajase sus pretensiones económicas... Y allí me veías rebajando lo que fuera por no decirle, mierda, necesito ese trabajo ¿es que no lo entiende?, necesito ponerme en funcionamiento, no estar de un lado a otro, no ver la compasión en los ojos de mi mujer, necesito que mi hijo se sienta orgulloso ante sus amigos, que no me ponga la cara hosca, quiero saber si puedo aún hacer algo que valga la pena, este trabajo es para mí, es una oportunidad de oro, que nadie me lo quite, rebajo lo que sea, pero es para mí, una nueva oportunidad de salir adelante, calmar esta angustia por dentro, la que me hace beber más de la cuenta, me lo dice mi mujer y me mira, preocupada, y me río de ella. Ahora esto, qué vamos a hacer, se me va todo al garete, no podré levantarme. Y esta sed que me devora, qué están haciendo los de ahí fuera, oigo ruidos, una sirena, pero no veo nada más que un pedazo de metal frente a mí y aquella mano inmóvil. Por Dios, que me saquen, no puedo aguantar aquí, que me saquen de una vez, quiero ver la luz, quiero beber algo, lo que sea, pero no me dejen aquí, tal vez crean que me he muerto, no sé si se dan prisa, quiero gritarles y no me sale la voz. No me sale nada. Toda la vida callado, eso es lo que he estado yo, siempre achantado por unos y por otros y ahora que quiero dar una voz no puedo, aquí atrapado, los hierros, esta sed que no cesa, el sueño, cada vez mayor. Dios mío, que se den cuenta de que estoy aquí, que no me abandonen, aún tengo cosas que hacer, lo enderezaré todo, lo juro, seré de otro modo, plantaré cara a la vida, pero no me dejes así, tirado entre hierros, no

he terminado aún, mi historia no se ha terminado, todavía quiero hacer más, algo más. Mi mujer. Mi hijo. Dios, qué sed tengo. Si al menos pudiese gritar.

## Dictado 6

### El móvil

Allí estaba mi viejo hogar familiar, una casa pequeña de tejado puntiagudo. Me recordaba frente a ella, en el pequeño jardín, jugando a la cuerda con alguna amiga que llegaba hasta allí, un sitio algo apartado del pueblo, en el camino de la montaña. Conchi, mi amiga del alma, cantando mientras yo saltaba la cuerda de un pie y de otro pie, cantando a mi vez, las dos a coro, nuestras voces resonando en las paredes de la casa y el silencio de cada tarde.

Ahora miro la casa y podría no reconocerla de vieja y acabada que está, la pintura descascarillada, algunas humedades en las paredes, las puertas rechinantes. Está el vacío y la oscuridad que pude resolver al cabo de unos días, cuando volví a contratar la electricidad.

Los años que se agolpan sobre mí, tan mayor como estoy ya, aún me muevo bien, apenas he cumplido los sesenta, nunca creí que volvería aquí para vivir como cuando era pequeña, quién me lo diría hace unos años. Entonces estaba bien casada, mi único hijo trabajando como ahora en Francia, un buen empleo, ganando mucho dinero y a la espera de casarse con su novia asturiana, ahora esperan mucho para casarse, yo también esperé para tenerlo, pasaba de los treinta, en aquella época no era acostumbrado, ahora sí. Mi marido era más mayor que yo, casi diez años. Venía de enterrar a una tía suya en una ciudad alejada y, a la vuelta, se debió dormir, eso me dijeron, que se durmió al volante. Era una recta larga, no había peligro, las tres de la tarde, muy mala hora para ir por esas carreteras castellanas interminables. No se observaba tampoco frenazo, simplemente el coche se fue desviando hasta dar con ese árbol y arrancarlo de cuajo. Vino mi hijo, pasamos por allí, aún se veía el árbol arrancado, sus entrañas desgajadas, como las mías. Miré aquel árbol roto y le vi despidiéndose el día antes de su muerte, no quise acompañarle, me encontraba algo enferma y él prefirió ir sólo, un par de días, me dijo, y no sabemos cuánto duran dos días, a veces son dos años, en ocasiones todo el resto de la vida. Ni siquiera me dejó mi hijo verle, tenía la cara destrozada, contra el cristal seguramente. Se me fueron con él años e ilusiones de una vejez feliz. Y entonces no me quedó nada, una pensión de viudedad que me alcanzaba porque yo gasto poco, y un montón de fotos con las que recordar el tiempo que había pasado, soñar el que podría haber venido, el que daba casi por seguro y sin embargo se me fue.

Mi hijo vino varias veces y yo le sonreía, le preguntaba por su trabajo y él me miraba, me repasaba las cuentas que yo no quería seguir, hacía pagos que había abandonado, me proponía salir por aquí y por allá. Siempre fue un buen hijo pero tiene su vida, claro, teniendo que cumplir en un montón de sitios, su trabajo que le requiere, su novia a la que visita. Yo le dije que no viniera tanto pero me miraba con aire preocupado y no decía nada. Luego me comentó si no estaría más a gusto en esta casa, la vieja casa de mis padres y le dije que no, pero luego lo pensé y rectifiqué. Me entraron ganas de volver a verla, le dije que si no me encontraba a gusto volvería a la ciudad y él me contestó que bueno. Pero luego me acompañó y se quedó en el coche mientras yo avanzaba por el sendero abandonado, pisando las hojas muertas y podridas que lo inundaban al compás del viento. Miré esas paredes que me habían cobijado, dentro de las cuales fui pequeña y el mundo pudo ser divertido, y era alegre tener amigas y soñar con chicos y poblar mi imaginación de ensueños de futuro, amores apasionados, vestidos suntuosos y elegantes, que me admiraban, que me consideraban irresistible, que me querían, que habría un hombre, uno sólo, que me haría viajar hasta las estrellas a fuerza de amarme.

Y llegó, pero no pudo quedarse tanto como yo hubiese querido.

(Carlos Maza)



## Dictado 7

### Qué será de mi vecina

Hacía días que no veía a mi vecina, así que decidí preguntar por ella, me acerco a su casa, toco la puerta y me sale su madre, me permite pasar y antes de abrir la puerta del dormitorio de Nela me dice - le queda poco tiempo de vida...

El dormitorio estaba oscuro y con olor a encierro, me acerco a ella y estaba en posición de feto, observo como en tan pocas semanas de no haberla visto, había adelgazado mucho, su rostro estaba enjuto, apenas abría los ojos... Estaba asombrada de esta situación, conmovida, desalentada, entonces le tomó su mano y le pregunto que había pasado que la tenía en esas condiciones. Ella comienza a sollozar, trataba de explicarme pero apenas se le entendía... La animo a que me cuente, que quizás le podía ayudar, y es ahí donde me contó su historia. Los hijos, los de él, los míos y los nuestros... La economía, trabajo solo yo y el estudia... Estoy endeudada, él va a retiros espirituales. Me corrige todo el día, yo me defiendo. Me he resentido... Pero cómo tanto le manifiesto... Lloro desconsoladamente, su pena traspasa mi alma, la siento tan débil que decido abrazarla y decirle que nada es absoluto, que las miradas para cada situación son distintas, pero eso no es malo, eso es diversidad, lo importante es sentirse tranquilo y seguro de lo que se hace... Nela me mira, toma mi rostro, comienza a acariciarme y con lagrimas en sus ojos me dice: intenté positivar, pero después perdí mi centro, él me envolvía de discursos brillantes y me convenció que era yo la loca, que yo por trabajar abandonaba a mi hijo, que ganaba poco y que por eso me endeudaba, que debía atenderlo pese a que llegara cansada y por eso me culpaba de su delgadez, nada podía decirle a nuestro pequeño porque me decía que eso no era así y no quería a mi hijo mayor.

La escuché atentamente y después me puse a llorar también, porque encontré tan absurdo lo que le pasaba a mi amiga, después de todo ella era la que mantenía el hogar, siempre la vi tan sacrificada con sus hijos, alegre pero con rostro cansado, que pensé que esto no podía ser cierto. La abracé mucho rato y nos quedamos dormidas. Soñé que viajaba a un lugar muy luminoso y me encontraba con un ser superior que me decía - ayuda a resolver de raíz los problemas de las personas que sufren, no permitas que decidan morir sin antes darse cuenta de los problemas, resolverlos y reconciliarse. Desperté y Nela dormía aún. En el velador había un poco de leche y decidí despertarla y que se alimentara, le dije, desde ahora en adelante no estarás sola en esto, yo seré el espejo para que sepas en qué realidad vives....toma fuerzas amiga, sobrevive, tu no estas equivocada...

Con el tiempo Nela y su esposo se separaron, ahora ella se ve más tranquila, sus hijos siguen con ella y yo encontré una amiga de verdad...

## Dictado 8

### Un loro muy inteligente

Ricardo recibió un loro por su cumpleaños; ya era un loro adulto, con una muy mala actitud y vocabulario. Cada palabra que decía estaba adornada por alguna palabrota, así como siempre, de muy mal genio. Ricardo trató, desde el primer día, de corregir la actitud del loro, diciéndole palabras bondadosas y con mucha educación, le ponía música suave y siempre lo trataba con mucho cariño. Llegó un día en que Ricardo perdió la paciencia y gritó al loro, el cual se puso más grosero aún, hasta que en un momento de desesperación, Ricardo puso al loro en el congelador. Por un par de minutos aún pudo escuchar los gritos del loro y el revuelo que causaba en el compartimiento, hasta que de pronto, todo fue silencio. Después de un rato, Ricardo arrepentido y temeroso de haber matado al loro, rápidamente abrió la puerta del congelador. El loro salió y con mucha calma dio un paso al hombro de Ricardo y dijo: "Siento mucho haberte ofendido con mi lenguaje y actitud, te pido me disculpes y te prometo que en el futuro vigilaré mucho mi comportamiento".

Ricardo estaba muy sorprendido del tremendo cambio en la actitud del loro y estaba a punto de preguntarle qué es lo que lo había hecho cambiar de esa manera, cuando el loro continuó: - ¿te puedo preguntar una cosa? - Sí. ¡cómo no!!, - contestó Ricardo  
- ¿Qué fue lo que hizo el pollo?

## Dictado 9

### Realismo

Mi disertación sobre el realismo aburrió a las piedras.

Aquellos universitarios no tenían el mínimo interés en escucharme y el profesor que me invitó a la Facultad tampoco estaba demasiado atento.

Un mal día lo tiene cualquiera y muchos malos también.

Más solo que la una, cuando aquello concluyó, me fui al bar y entre el bullicio estudiantil y el lastrado aroma de comedor barato que recordaba de mis tiempos juveniles, me metí tres whiskys seguidos para el cuerpo.

El estómago vacío me hizo una de las muchas malas pasadas a que acostumbra. Busqué el retrete y me encerré en él para aliviar mi desgracia. Media hora larga para reponerme.

Entre las obscenas e insidiosas inscripciones grabadas en la puerta, una me sorprendió vivamente: "Sé realista, llámame", un número de teléfono y un nombre femenino.

Había superado el mareo pero no el malestar y en ocasiones así recorro a un cuarto whisky que generalmente logra sedimentarme. Del malestar pasé a la euforia y al sexto whisky ya estaba cogido al teléfono, marcando el dichosos número y mencionando el nombre en cuestión.

- Soy realista – dije, cuando la voz femenina certificó que era ella, y en seguida me dio la dirección y me dijo que me aguardaba.

Un grado medio de borrachera suelo disimularlo bien y, además, me hace muy ocurrente y cariñoso.

Mis disertaciones sobre el realismo siempre resultan decepcionantes y jamás, en ningún sitio, me han llamado dos veces para dar una conferencia. Pero son variadas las circunstancias fortuitas, nunca académicas, que me ayudan a mantener firmes mis convicciones.

(Luis Mateo Díez, Los males menores)

## Dictado 10

### Autobús

Ella sube al autobús en la misma parada, siempre a la misma hora, y una sonrisa mutua, que ya no recuerdo de cuándo procede, nos une en el viaje trivial, en la monotonía de nuestra costumbre.

Se baja en la parada anterior a la mía y otra sonrisa furtiva marca la muda despedida hasta el día siguiente.

Cuando algunas veces no coincidimos, soy un ser desgraciado que se interna en la rutina de la mañana como en un bosque oscuro.

Entonces el día se desploma hecho pedazos y la noche es una larga y nerviosa vigilia dominada por la sospecha de que acaso no vuelva a verla.

(Luis Mateo Díez, Los males menores)

## Dictado 11

### El sendero furtivo

Le veíamos entrar en el Bar Central a las seis de la tarde y en la sumergida quietud de los divanes y las mesas de mármol se iba diluyendo como una sombra más.

Algunas veces se percataba de que le estábamos mirando tras el ventanal: seis ojos de niños traviesos que se demoran en el camino de regreso a casa, pero no parecía importarle aquella vigilancia impertinente y caprichosa.

Escribía en cuartillas con una estilográfica muy grande y fumaba sin parar.

Murió al final de aquel invierno, poco después de que hubiéramos decidido dejar de espíarle para ir directamente a los billares de Castro donde, al fin, nos permitían colarnos.

Su última novela, que apareció al cabo de un año, se titulaba El sendero furtivo. La leí mucho tiempo después y debo reconocer que me gustó.

En el último capítulo el protagonista, un hombre de vida sentimental muy atormentada, aguarda en un bar a la mujer con la que tras muchas dudas ha decidido reconciliarse.

De pronto observa tras el ventanal el rostro de tres niños que le miran burlones y comienza a sentir una gran zozobra. Se levanta, cruza apresuradamente el local y sale huyendo.

La novela termina describiendo la congoja de esa huida absurda.

De nada me he sentido culpable en mi vida como de ese desgraciado final.

(Luis Mateo Díez, Los males menores)